

TEMPLO HERMANA TERESA



"No se dejen engañar"

04/07/2026

“No se dejen engañar”

Querida comunidad:

Vivimos en una época donde todo parece tener que suceder rápido. Queremos respuestas inmediatas, soluciones instantáneas, resultados sin esfuerzo. Nos ofrecen caminos cortos para alcanzar metas grandes, promesas de felicidad sin sacrificio, éxito sin trabajo, paz sin reconciliación y Fe sin compromiso.

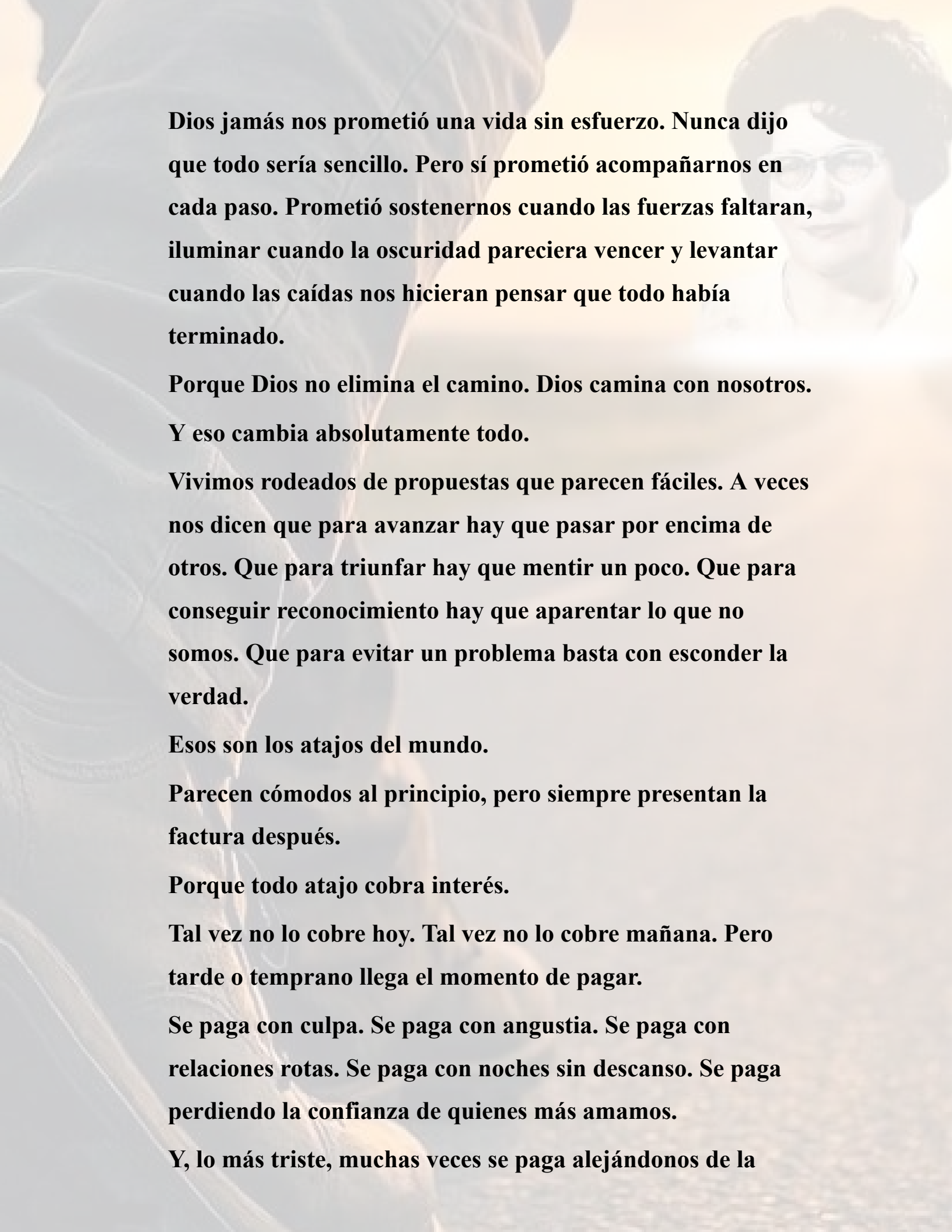
Pero hoy queremos invitarlos a reflexionar sobre una verdad que, aunque sencilla, puede cambiar nuestra manera de vivir y que surge de una frase que Carlos nos compartió y que dice:

“No se dejen engañar; el atajo fácil cobra interés, y Dios no nos muestra trampas, sino caminos.”

Hay una enorme diferencia entre un camino y un atajo.

El camino enseña. El atajo seduce. El camino fortalece. El atajo debilita. El camino forma el carácter. El atajo alimenta la impaciencia.

Y muchas veces, cuando elegimos el atajo, creemos que estamos ganando tiempo, cuando en realidad estamos perdiendo algo mucho más valioso: nuestra paz, nuestra conciencia y, en ocasiones, hasta nuestra propia identidad.



Dios jamás nos prometió una vida sin esfuerzo. Nunca dijo que todo sería sencillo. Pero sí prometió acompañarnos en cada paso. Prometió sostenernos cuando las fuerzas faltaran, iluminar cuando la oscuridad pareciera vencer y levantar cuando las caídas nos hicieran pensar que todo había terminado.

Porque Dios no elimina el camino. Dios camina con nosotros. Y eso cambia absolutamente todo.

Vivimos rodeados de propuestas que parecen fáciles. A veces nos dicen que para avanzar hay que pasar por encima de otros. Que para triunfar hay que mentir un poco. Que para conseguir reconocimiento hay que aparentar lo que no somos. Que para evitar un problema basta con esconder la verdad.

Esos son los atajos del mundo.

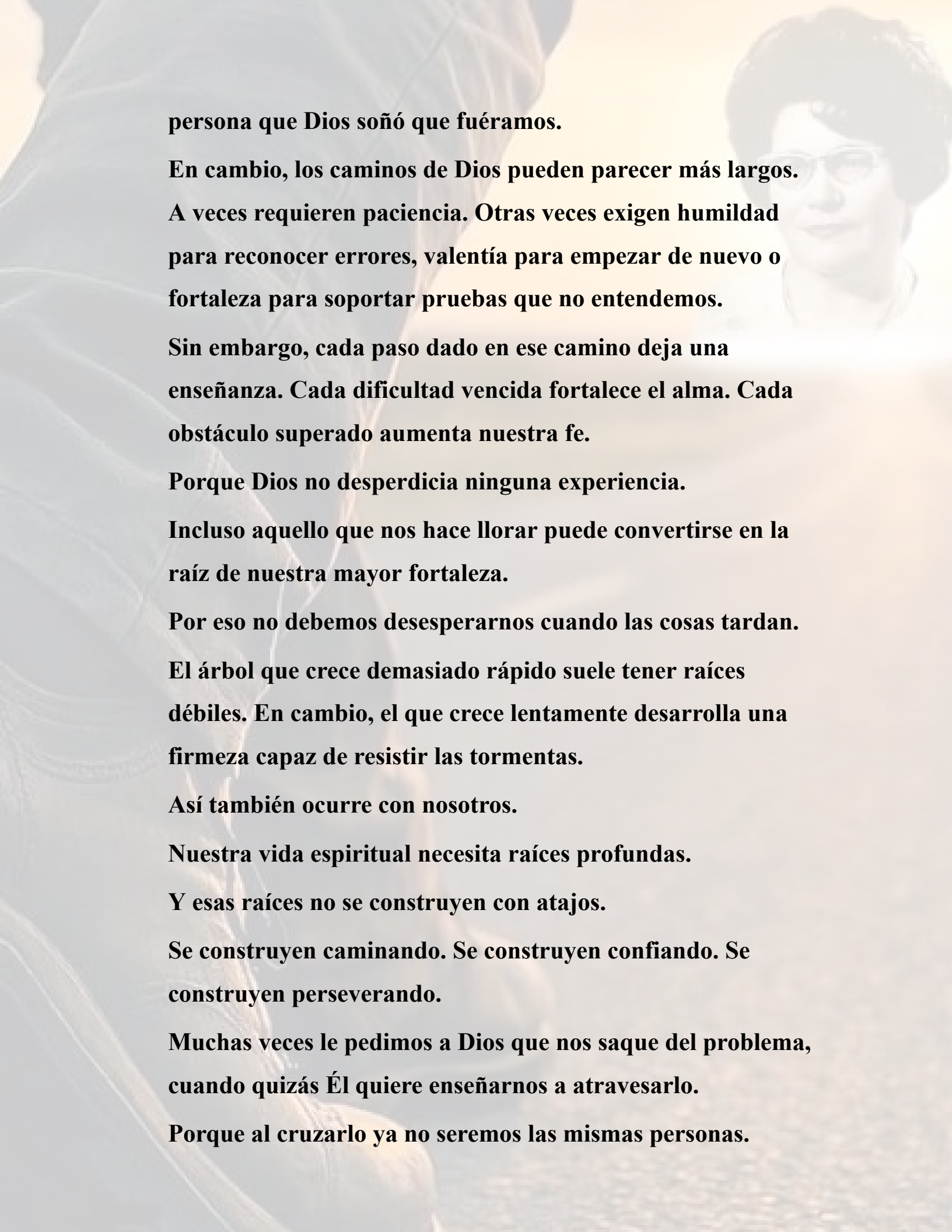
Parecen cómodos al principio, pero siempre presentan la factura después.

Porque todo atajo cobra interés.

Tal vez no lo cobre hoy. Tal vez no lo cobre mañana. Pero tarde o temprano llega el momento de pagar.

Se paga con culpa. Se paga con angustia. Se paga con relaciones rotas. Se paga con noches sin descanso. Se paga perdiendo la confianza de quienes más amamos.

Y, lo más triste, muchas veces se paga alejándonos de la



persona que Dios soñó que fuéramos.

En cambio, los caminos de Dios pueden parecer más largos.

A veces requieren paciencia. Otras veces exigen humildad para reconocer errores, valentía para empezar de nuevo o fortaleza para soportar pruebas que no entendemos.

Sin embargo, cada paso dado en ese camino deja una enseñanza. Cada dificultad vencida fortalece el alma. Cada obstáculo superado aumenta nuestra fe.

Porque Dios no desperdicia ninguna experiencia.

Incluso aquello que nos hace llorar puede convertirse en la raíz de nuestra mayor fortaleza.

Por eso no debemos desesperarnos cuando las cosas tardan.

El árbol que crece demasiado rápido suele tener raíces débiles. En cambio, el que crece lentamente desarrolla una firmeza capaz de resistir las tormentas.

Así también ocurre con nosotros.

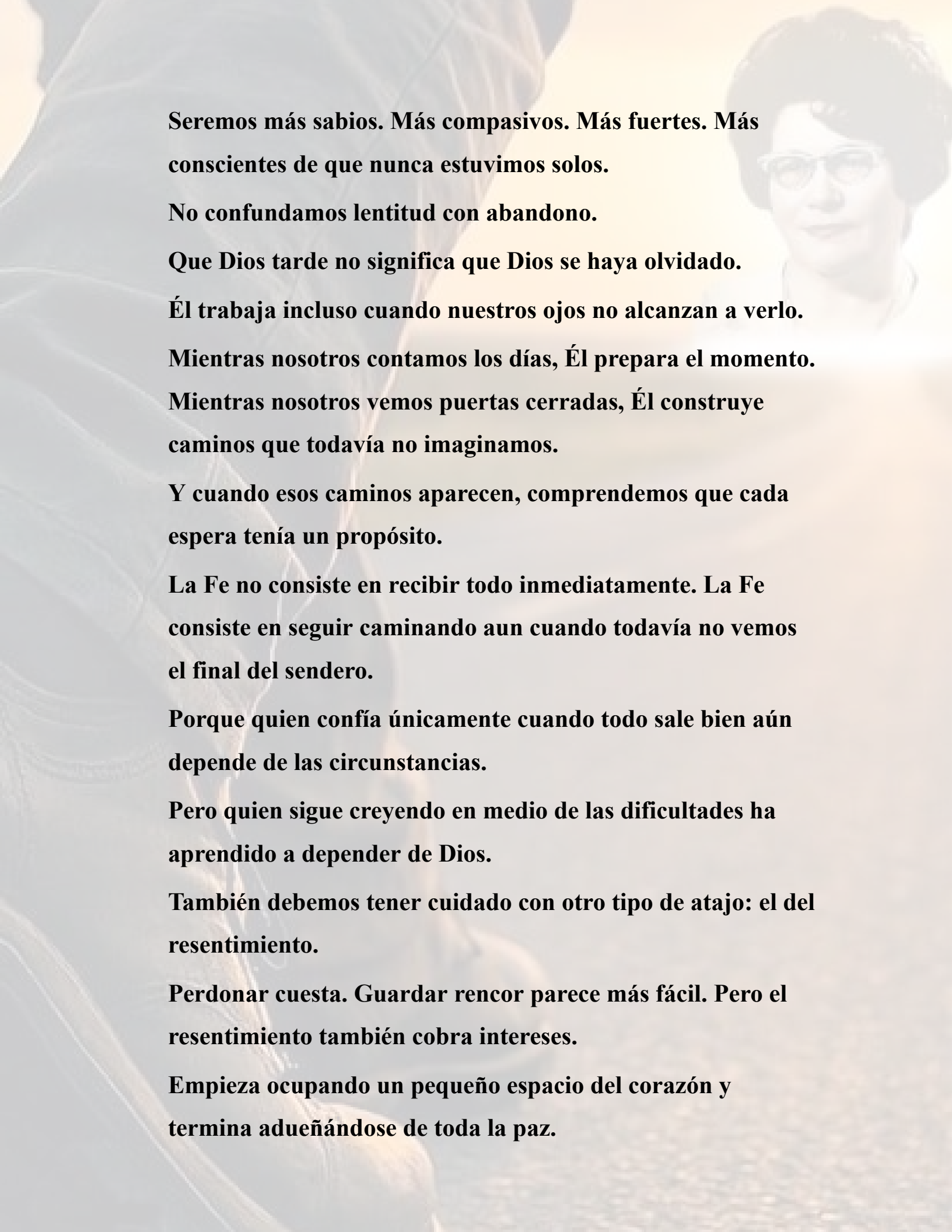
Nuestra vida espiritual necesita raíces profundas.

Y esas raíces no se construyen con atajos.

Se construyen caminando. Se construyen confiando. Se construyen perseverando.

Muchas veces le pedimos a Dios que nos saque del problema, cuando quizás Él quiere enseñarnos a atravesarlo.

Porque al cruzarlo ya no seremos las mismas personas.



Seremos más sabios. Más compasivos. Más fuertes. Más conscientes de que nunca estuvimos solos.

No confundamos lentitud con abandono.

Que Dios tarde no significa que Dios se haya olvidado.

Él trabaja incluso cuando nuestros ojos no alcanzan a verlo.

Mientras nosotros contamos los días, Él prepara el momento.

Mientras nosotros vemos puertas cerradas, Él construye caminos que todavía no imaginamos.

Y cuando esos caminos aparecen, comprendemos que cada espera tenía un propósito.

La Fe no consiste en recibir todo inmediatamente. La Fe consiste en seguir caminando aun cuando todavía no vemos el final del sendero.

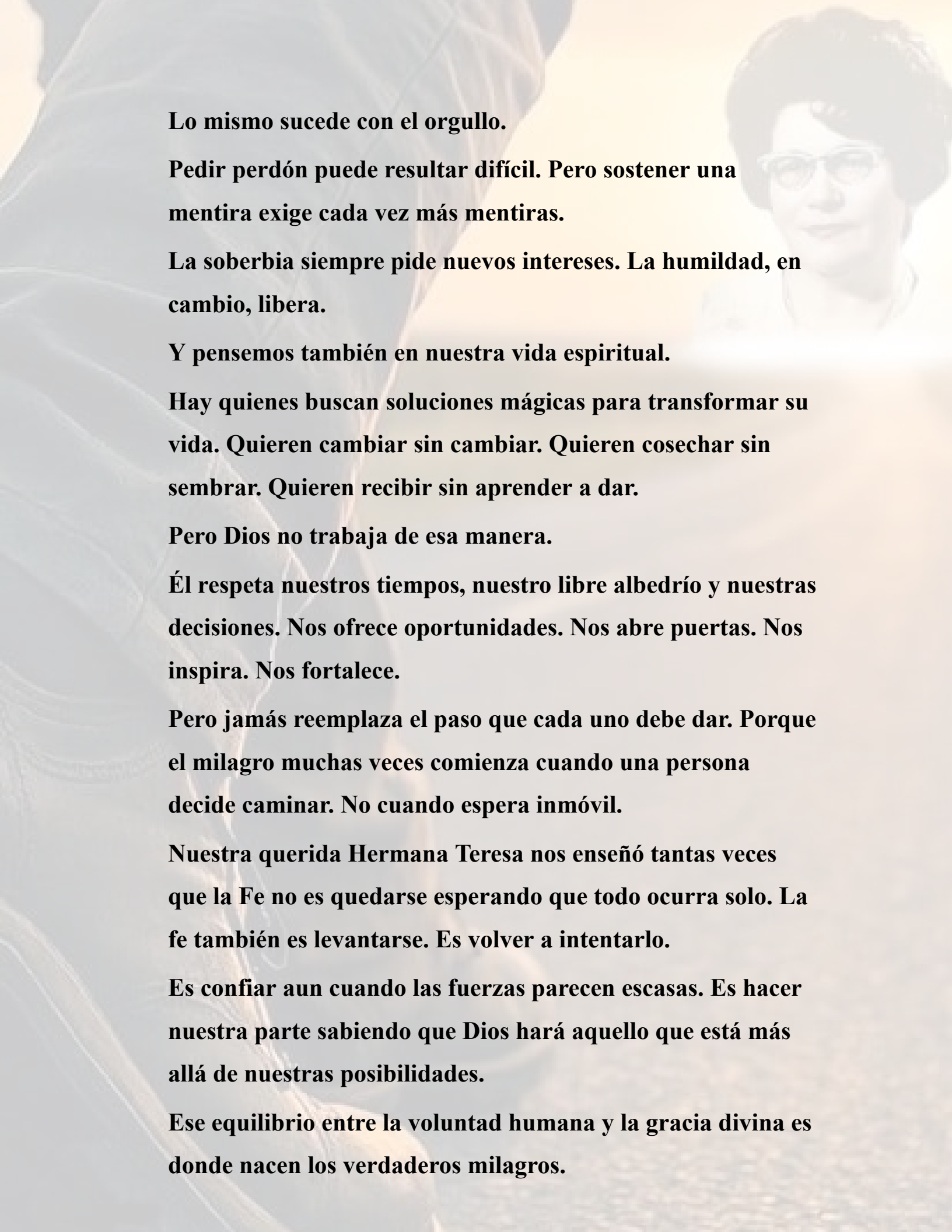
Porque quien confía únicamente cuando todo sale bien aún depende de las circunstancias.

Pero quien sigue creyendo en medio de las dificultades ha aprendido a depender de Dios.

También debemos tener cuidado con otro tipo de atajo: el del resentimiento.

Perdonar cuesta. Guardar rencor parece más fácil. Pero el resentimiento también cobra intereses.

Empieza ocupando un pequeño espacio del corazón y termina adueñándose de toda la paz.



Lo mismo sucede con el orgullo.

Pedir perdón puede resultar difícil. Pero sostener una mentira exige cada vez más mentiras.

La soberbia siempre pide nuevos intereses. La humildad, en cambio, libera.

Y pensemos también en nuestra vida espiritual.

Hay quienes buscan soluciones mágicas para transformar su vida. Quieren cambiar sin cambiar. Quieren cosechar sin sembrar. Quieren recibir sin aprender a dar.

Pero Dios no trabaja de esa manera.

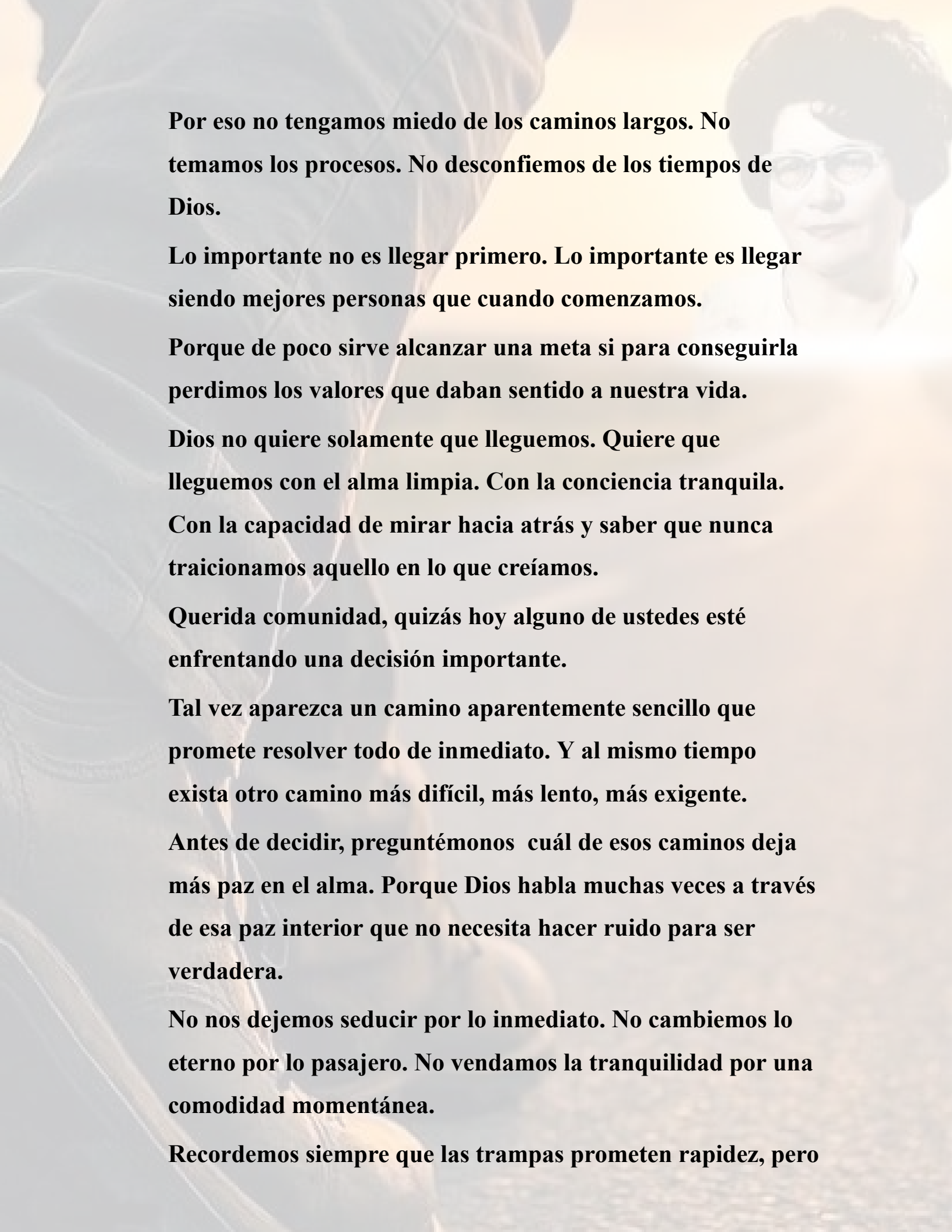
Él respeta nuestros tiempos, nuestro libre albedrío y nuestras decisiones. Nos ofrece oportunidades. Nos abre puertas. Nos inspira. Nos fortalece.

Pero jamás reemplaza el paso que cada uno debe dar. Porque el milagro muchas veces comienza cuando una persona decide caminar. No cuando espera inmóvil.

Nuestra querida Hermana Teresa nos enseñó tantas veces que la Fe no es quedarse esperando que todo ocurra solo. La fe también es levantarse. Es volver a intentarlo.

Es confiar aun cuando las fuerzas parecen escasas. Es hacer nuestra parte sabiendo que Dios hará aquello que está más allá de nuestras posibilidades.

Ese equilibrio entre la voluntad humana y la gracia divina es donde nacen los verdaderos milagros.



Por eso no tengamos miedo de los caminos largos. No temamos los procesos. No desconfiemos de los tiempos de Dios.

Lo importante no es llegar primero. Lo importante es llegar siendo mejores personas que cuando comenzamos.

Porque de poco sirve alcanzar una meta si para conseguirla perdimos los valores que daban sentido a nuestra vida.

Dios no quiere solamente que lleguemos. Quiere que lleguemos con el alma limpia. Con la conciencia tranquila. Con la capacidad de mirar hacia atrás y saber que nunca traicionamos aquello en lo que creíamos.

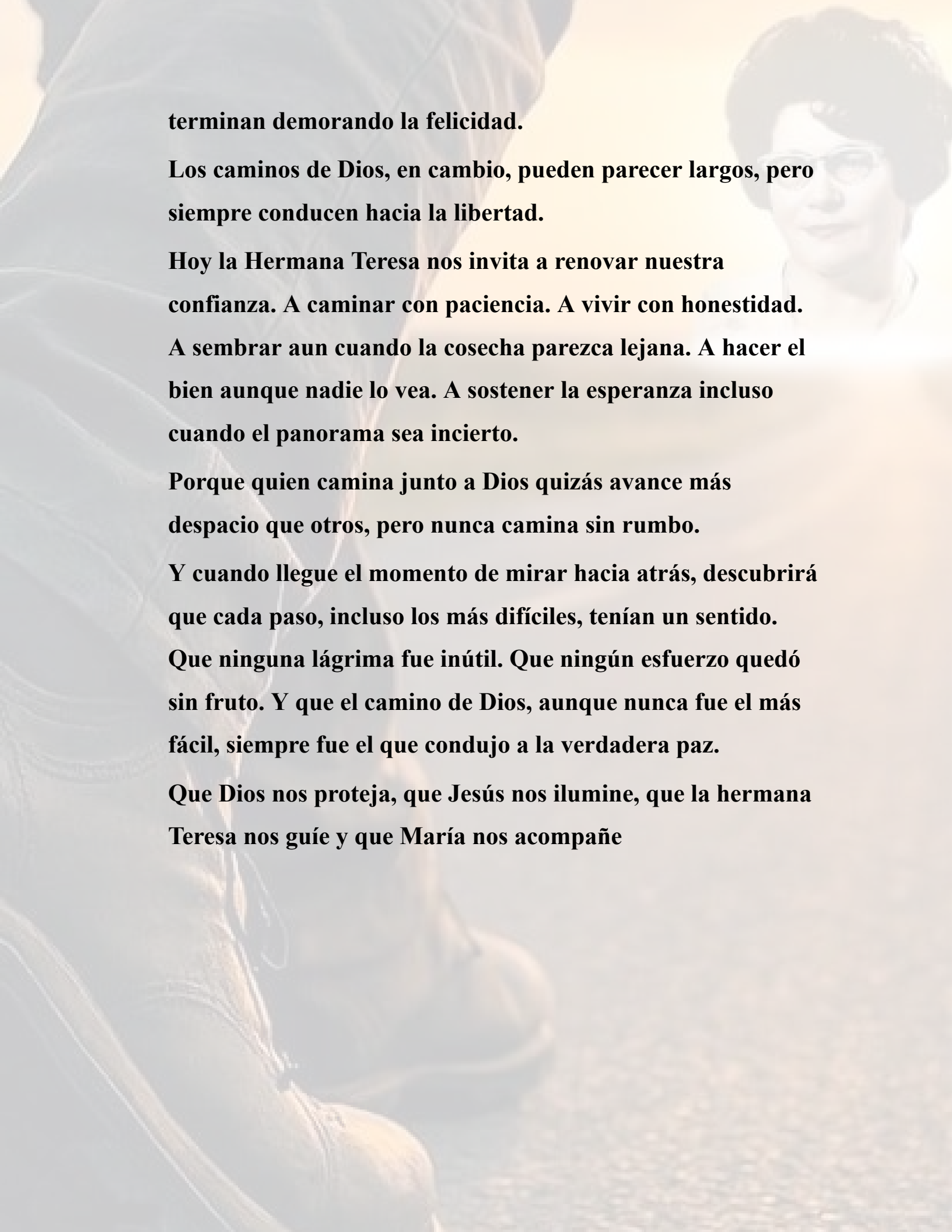
Querida comunidad, quizás hoy alguno de ustedes esté enfrentando una decisión importante.

Tal vez aparezca un camino aparentemente sencillo que promete resolver todo de inmediato. Y al mismo tiempo exista otro camino más difícil, más lento, más exigente.

Antes de decidir, preguntémonos cuál de esos caminos deja más paz en el alma. Porque Dios habla muchas veces a través de esa paz interior que no necesita hacer ruido para ser verdadera.

No nos dejemos seducir por lo inmediato. No cambiemos lo eterno por lo pasajero. No vendamos la tranquilidad por una comodidad momentánea.

Recordemos siempre que las trampas prometen rapidez, pero



terminan demorando la felicidad.

Los caminos de Dios, en cambio, pueden parecer largos, pero siempre conducen hacia la libertad.

Hoy la Hermana Teresa nos invita a renovar nuestra confianza. A caminar con paciencia. A vivir con honestidad. A sembrar aun cuando la cosecha parezca lejana. A hacer el bien aunque nadie lo vea. A sostener la esperanza incluso cuando el panorama sea incierto.

Porque quien camina junto a Dios quizás avance más despacio que otros, pero nunca camina sin rumbo.

Y cuando llegue el momento de mirar hacia atrás, descubrirá que cada paso, incluso los más difíciles, tenían un sentido.

Que ninguna lágrima fue inútil. Que ningún esfuerzo quedó sin fruto. Y que el camino de Dios, aunque nunca fue el más fácil, siempre fue el que condujo a la verdadera paz.

Que Dios nos proteja, que Jesús nos ilumine, que la hermana Teresa nos guíe y que María nos acompañe